El pensamiento médico de Laín Entralgo

El poliedro y la esfera

Desde «el espíritu de geometría» pitagórico y el eidetismo jaenschniano sale en su espacio-tiempo, un Pedro Laín Entralgo configurado por una esfera, con un poliedro interno.

El poliedro surge de la polimatia —la diversidad de los conocimientos—, es por supuesto regular y simétrico. Un constructo de rayos, radianes, arcos y facetas triangulares realizado por los juegos de la♈; rotundamente sencillo de tan rico y múltiple. Iridiscente.

Por fuera es una esfera alisada y densa, a la vez que dinámica en su trayectoria etérea. Las dos estructuras formales son un solo cuerpo, al parecer redondo. Un mundo, girante y avanzante procedente de muy lejos —siglo VI, antes de J.C. y de más atrás todavía—, por fortuna ahora visible y presente, incluso asequible; que está aquí, que seguirá estando mucho tiempo, por su cualidad de perdurable, y por su solidez.

Esta esfera con poliedro, tan animada —animada a hacer—, es un hombre venido de un pueblo de Teruel, que se hizo médico, salió a ver Europa hace cincuenta y seis años, aprendió alemán, griego, historia, patología, filosofía y todo lo necesario —para él todo era necesario—, a sus proyectos juveniles. Estudió para ser catedrático de Historia de la Medicina, lo que consiguió inevitablemente, siendo profesor brillante y haciendo a la vez historia en la medicina. Muchas historias. Muchos libros. Muchas ideas desarrolladas. Y dos obras.

Una de ellas: el producto de su trabajo, de sus investigaciones históricas y filosóficas, de sus cavilaciones y análisis es el gigantesco Oppus Lainianum, el producto de sus sabidurías y criterios. Lo que quedará.

La otra, consistió en hacerse a sí mismo: en formarse, perfeccionarse, reformarse, afirmarse y tiene los años que él cumple. Un Oppus con tiempo —tempo de Laín—, con estilo y con nivel Laín, y cuyas claves son el rigor, la voluntad, la profundidad, la laboriosidad, la responsabilidad, el respeto y la pasión por lo humano, el implacable servicio a la enseñanza y a la cultura. Por su capacidad y contenido se le ha llamado «la cabeza universal».

El médico y la medicina

Aunque no ejerce, Laín tiene conciencia y vivencias de médico, en algunos aspectos de asombroso realismo, sintiendo las situaciones del quehacer clínico «como de prime-

ra mano». Igualmente entiende al enfermo en sus anhelos y reacciones y percibe también la enfermedad como hecho anonadante que le sucede a una persona antes sana, alterando diversamente su existencia.

Acto médico, profesión de clínico, situación de enfermar, enfermedad como acontecimiento humano y relación médico-paciente son los temas de un estudio prolongado y reiterado que le ocupa a Laín la vida entera, y que desde la vastedad y hondura de sus conocimientos le sirven para crear una teoría de la patología humana: antropología y filosofía de la medicina. Elaboración mental pura y aplicable; grandiosa y original.

La obra —las dos—, de Laín, son el resultado de una decisión precoz y mantenida, de su vocación hacia el hombre y hacia el saber, apoyada en exigencias intelectuales de la mayor altura. Y han supuesto asimismo la preparación de un soporte metodológico e instrumental muy complicado, en un ambiente contrario al sistema que Laín iba necesitando.

Se tiene que armar de una cultura clásica y a la vez moderna, en áreas científicas, históricas y literarias con sus correspondientes expresiones y de las antenas aptas para la captación de las señales de su tiempo y de los signos —crípticos o simbólicos— del pasado.

Grecia, el prehelenismo, Roma. El Medioevo, el nacimiento de Occidente y el Renacimiento. El siglo XVI en España y Europa. El Nuevo Mundo. La razón, y los siglos XVII y XVIII. El XIX y la reinvención de la Ciencia. Los cambios sociales, las ideologías y revoluciones. Siglo XX, el Progreso y los retrocesos, los probabilismos de la futurología. La realidad de antes y la de hoy, incluso la de mañana del enfermar humano.

En los conceptos, los autores, las escuelas y las corrientes doctrinales de toda época y lugar, Laín, va avanzando, haciéndose, en su praxis, en su logos y en cuanto persona. Mientras habla, explica, dirige y escribe.

El lenguaje le preocupa y ocupa, al darse cuenta inmediatamente de sus posibilidades y de sus limitaciones en la ideación: el lenguaje permite e impide ya que es el pensamiento mismo. A la vez, el pensamiento son los lenguajes, pues ambos surgen genéticamente en interestimulación y en interfecundación.

El lenguaje médico —tema de una serie de artículos que está publicando en *Jano* ahora—, reviste para Laín una importancia fundamental.

Es la base, el instrumento facilitador de los conceptos posibles y su calidad de precisión revela la riqueza intelectual de un contenido. O su pobreza y chabacanería, tan frecuentes en bastantes comunicaciones actuales, realizadas con tópicos vulgares y un exiguo vocabulario; en ocasiones, es desolador.

Laín aboga por un lenguaje sobrio y preciso, sin miedo a los neologismos —en Medicina indispensables—, ni a las novedades lingüísticas procedentes de la invención técnica. Un lenguaje cuidado y cuidadoso en el que las palabras y las ideas sean una realidad simultánea, como un cuerpo y su piel —piel ceñida y sin arrugas—.

La retórica está pasada y sólo representa junto al exceso de citas, la pobreza mental del hablante o escribiente. Pero si la medicina es una actividad de alta categoría intelectual deberá disponer de un léxico extenso que le permita realizar frases exactas adecuadas a la complicación intrínseca de los fenómenos.

Los datos tecnológicos y científicos con sus variables, deben ser traducidos para una «única lectura posible» en el receptor del mensaje.

Asistolia, cetogénesis, amaurosis lacunar... y cualquier expresión del diagnóstico y de la terapéutica tienen que llegar de una manera fulminante e inequívoca en el tam-tam del ejercicio médico.

Los lenguajes son muchos: el de las actitudes —favorable u hostil—, el afectivo —amable e indiferente—, el emocional —de simpatía o de agresividad—, el de los silencios que unas veces animan y otras desploman al interlocutor sobre todo cuando no puede llegar a serlo, si el médico no hace caso o «no recibe» la reclamación del demandante (de ayuda y de interés).

La medicina se hace en comunicaciones interpersonales, a las que Laín ha dedicado páginas brillantes valorando por igual las dos fases del diálogo entre el enfermo y el médico; el de las palabras —palabras-clave, palabras-drama—, que van de uno a otro, y el de sin palabras, el de la escucha —atendiendo y entendiendo—.

Un lenguaje claro y conciso es obligación del médico para el enfermo y la familia, elaborado con las palabras más adecuadas al interlocutor. A la vez el acto de escuchar en el que han sido maestros Freud y nuestro José Germain, es decisorio para la evolución de la enfermedad.

Pocos médicos escuchan hoy día, lo que es interpretado desde el paciente como falta de interés, más que por carencia de tiempo. Laín marca reiteradamente la transcendencia que tiene para un angustiado doliente el hecho de ser oído con atención, expresiva de que «le están haciendo caso».

Variados lenguajes, formas muy distintas de entendimiento médico-paciente, ya que la situación morbosa necesita ser transmitida, recibida y confirmada.

El médico con más cultura e informaciones dispondrá de variados lenguajes para las infinitas —tantas como individuos trate— situaciones en que se encuentre, adaptándose él al paciente y no al revés. Habrá de esforzarse en ser bien comprendido, repitiendo y explicando todo lo que haga falta. Lo que el enfermo necesite.

Hoy la medicina se enfrenta a la revolución de sus medios expresivos: las nuevas formas de conceptualización, codificación, decodificación y de iconografía. Los lenguajes a-verbales y los metalenguajes encuentran a un Laín joven y moderno en condiciones de recepción comprensiva y de aceptación inmediata.

Nueva morfología, velocísima transmisión de las señales, preparación del mensaje para su emisión, universalismo con una sola ciencia en el mundo, alta tecnología y adecuación mental para «otros modelos» de pensamiento, son engullidos por Laín para una digestión tranquila.

Pedro Laín es hombre de hoy y de mañana. No se opone a la informática electrónica, «la pone» en su sitio, como auxiliar valioso e indispensable en las ciencias médicas contemporáneas: las que se están transformando en conceptos, instrumentos y métodos para entrar bien en el siglo XXI.

Laín tiene capacidad anticipatoria y está en condiciones de lucidez y de ánimo para comprender los sistemas estocásticos y prospectivos. Ha encarado la futurología, desde su formación histórica con ironía y benevolencia, sin fanatismo, sin deslumbramientos

pueriles. Se acepta, y se usa lo que va viniendo —cosas, objetos, modelos, ideas— pero se critica y analiza —sin pre-juicios, por supuesto—, ya que el oficio de reflexionar, es desde Sócrates, opinar de todo: despanzurrar la realidad.

Laín ha contribuído a valorar «el ojo clínico», y a desmontarlo también, a poner el ojo en su sitio: en la cabeza rostral, después de tanta «intuición» y «sexto sentido», cuando fue cualidad de algunos destacados médicos producida por el estudio, la amplitud casuística y el interés verdadero por la enfermedad de una persona, o por la situación de «alguien» atrapado en un morbo concreto.

Sólo han tenido «ojo clínico», o sea, el diagnóstico a primera vista, médicos sagaces de amplia experiencia o curanderos, también muy listos y expertos en el trato humano. Los que han sabido leer el lenguaje ágrafo y averbal de la expresividad patológica, subliminal para la mayoría de las personas.

La transformación de los medios diagnósticos que permiten ver «el cuerpo por dentro», desde los descubrimientos de Röntgen, las endoscopias, análisis bioquímicos, técnicas de resonancia magnética nuclear, angiografías, scanners, láser, gamma y termografías el tradicional ojo clínico tendrá que adiestrarse en las nuevas posibilidades perceptivas. Seguirá siendo indispensable para mirar a los ojos del enfermo. Para captar los lenguajes de su mirada, sus gestos, su actitud, y medir como método irremplazable, la angustia del otro.

Las palabras del médico pueden curar incluso sin refuerzo de fármaco alguno. Este es el misterio del verbo, el «épos» terapéutico —la psicoterapia surgente—. Mas a veces, frases imprudentes de médicos sin noción de la trascendencia que sus palabras encierran para personas sensibles, pueden llevar a la neurosis obsesiva, a las más negras depresiones. Laín advierte e insta al exquisito cuidado que hay que tener con lo que se dice a ciertas personalidades sugestionables o aprensivas. El lenguaje del médico —palabra suelta, informe «secreto» que el paciente lee inmediatamente e «interpreta» según su estado emocional—, puede originar una enfermedad por «disparo» de mecanismos de «fijación» y en algunos individuos especialmente lábiles, llevar al suicidio. Nos ruega Laín que nos produzcamos «iatrogenias» —la enfermedad causada por el médico o el medicamento—, con nuestras palabras.

El médico y la cultura

La cultura de un profesional le permite situar los hechos y los fenómenos de su interés. Colocarlos en su lugar, o como suele decirse, meterlos en un encuadre de coordenadas y precisiones. La cultura forma a la persona, ayuda y permite el trabajo de la inteligencia. La califica y valoriza. Precisamente Laín en un reciente artículo, «El horizonte intelectual del médico» (IX-1986), exprime el tema desde un enfoque renovador.

Dice: «El médico intelectualmente ambicioso debe conocer todo lo relacionado con la actividad y la vida del hombre». Además de las materias de su «curriculum» son importantes para él: la «literatura», consumiéndola o produciéndola en la medida de sus capacidades; la «historia», memoria del devenir del hombre, relación de acontecimientos pasados indispensable para comprender los presentes y valorarlos con atino; la «psicología», la general y la intrínsecamente médica pues en cuanto manejador de «cuerpos

y almas» su materia prima está en la personalidad, la conducta, la emoción de los enfermos (y de los que han enfermado o puedan enfermar); la «sociología», ineludible por la índole plural del hombre que enferma como miembro —individual— de un grupo, en un tipo de medicina progresivamente socializada y dependiente de la Administración. De las políticas sanitarias propias e internacionales (O.M.S.).

En el horizonte de la cultura médica coloca también Laín a la «economía», asunto obligatorio para médicos y ciudadanos incluídos en proyectos asistenciales de diseño económico y consecuencias particulares —el gasto sanitario, la atención obligatoria—; la «bioética», antigua deontología, ciencia acuciante en las dramáticas situaciones cotidianas que al médico se le plantean desde el aborto, la eutanasia, los tratamientos agresivos, a las internaciones forzosas, los «lavados de cerebro» y las variadas «iatrogenias»; la «política» asimismo debe participar en la preparación de un profesional si aspira a ser miembro consciente y libre de un país; la «filosofía» por supuesto, para Laín «nervio y fundamento de todo saber científico si quien lo posee no quiere quedarse en la superficie de las cosas», la «esencial» —de esencia— filosofía de la medicina; la «antropología», su materia para el médico, la trate en general o en particular —clínica o médica— en sus aproximaciones a la enfermedad y al enfermo, hoy en auge explosivo desde el atractivo de la antropología cultural; el «derecho», la «medicina legal» y la «jurídica» son incorporaciones beneficiosas, opina Laín, para una completa «puesta a punto» del médico interesado en la posesión de un equipaje intelectual adecuado.

Y no basta. La enorme cultura de un médico cualificado comprende también la música, las artes plásticas, la afición a los viajes para ver los datos de la historia en su marco geográfico, la matemática y estadística, los idiomas, la ecología, la gastronomía y la dietética —sea cual sea su campo—, el cultivo de una afición no intelectual, alguna actividad calisténica, visitar pueblos, hablar con las gentes rurales, y pasear por el campo para realizar su intraculturización, su perfeccionamiento particular.

Más «la otra cultura», la de la educación, afabilidad y buenos modales; la de saber vestirse, hablar y comer según el ambiente. La que hace del médico una persona civilizada y digna a la vez que sobria y de limpieza impoluta. La que transmite generosidad y altruísmo, da confianza y esperanzas. La que ofrece aspectos de honestidad y de sinceridad; de sencillez en el rigor.

Laín es muy exigente en su propuesta de ampliación del «curriculum» oficial. Al señalar sus insuficiencias se coloca del lado reformista: faltan conocimientos imprescindibles según nos acaba de demostrar, a la vez que sobran ramas y hojarascas perturbadoras en la preparación de generalistas, especialistas clínicos, investigadores y expertos en medicina preventiva.

No hay que interpretar su oferta como una sobrecarga de estudios interminables, destinada a los privilegiados en tiempo y capacidad mental. Su diseño formativo es un reto a los profesionales inquietos, y a la renovación del plan académico en la tendencia de organización departamental, con asignaturas de elección libre.

Eliminar y completar; hacia la meta de una preparación más ágil y abierta, sin bajar el «listón» que Pedro Laín ha colocado a sus «colegas» desde su enfoque desiderativo. Está en su altura, pues hoy la medicina supone una elevada y compleja selección de ciencias entrelazadas de fuerte dificultad; en métodos y en su semiótica.

Laín cita y refrenda a Ernst Bloch: «La Medicina —realizada, sabida y pensada—, es una de las actividades humanas más importantes e interesantes», demostrándolo con el índice temático de su propia obra.

El «modelo» médico de Laín

Del «nóos» al «logos», pues se trata de un inteligencia que decide llegar a sus máximas posibilidades ejercitándose en el estudio voraz y el «uso» de la razón. A los griegos pues.

Y Laín emprende el camino presocrático preparándose meticulosamente. El griego en Grecia y antes de Grecia. Y el helenismo abarcador —perdón, redundancia—, con los ingredientes precisos para su posesión desde atrás, cogiéndolo bien.

No es el estudiante de Historia de la Medicina que se sienta a tragar la historia y sus fuentes a la vez que se levanta yendo hacia ellas, armándolas. Desde el primer momento la historia sobrepasó a la Historia, con Nei-Ching, Imhotep, el Bhava Prakasha... apareciendo juntos Homero y Asklepio, Plutón y Platón. El camino hacia Hipócrates, conducía también a Aristóteles y se hacía con Tales de Mileto, Heráclito de Efeso, Pitágoras de Samos, Anaxágoras de Clasomena, Alcmeón de Crotona, Empédocles de Agrigento, Demócrito de Abdera y otras hermosas eufonías del Olimpo humano, que parieron el pensamiento —el de ellos y el de Occidente— confluyendo en el «Corpus Hippocráticum».

La Historia quedó sobrepasada desde sí misma, por las ideas de los hombres que la estaban haciendo; que serían la Historia, dando a la humanidad el Universo, la Vida, el Ser, la Existencia, el Destino, el propio Hombre. Crearon y describieron el proceso completo del razonamiento, la «physis», entidad real y natural; una explicación verosímil de los fenómenos morbosos y del enfermar humano.

Laín ya no era estudiante de Historia al ser seducido por la belleza de las bellezas, la mayor de las maravillas: la inteligencia del hombre en su estado puro y nasciente. Desde la de unos hombres; desde la suya, funcionando en el deslumbramiento inicial.

Y el presunto historiador, en el cálido clima de la Grecia antigua se desnudó, se sentó en una piedra y apoyó su cabeza en el puño de su mano derecha: «era» ya un «pensador». Y éste, es el «modelo» Laín. El modelo de él.

Así, en pensador, fue contándonos los hechos médicos, las particulares obras de los padres de la medicina, la significación y el sentido de la enfermedad en las distintas épocas, pueblos y culturas. Las escuelas de mayor relieve e influencia doctrinal, la anécdota y las reacciones de la sociedad a los médicos y a la medicina, en una valoración pormenorizada y consecuente. O sea: sistemática, ordenada, anunciada y remachada; pues así es, «su forma».

Laín coloca la acción médica en la mayor dimensión señalando su contenido ético en un humanismo transcendental. La medicina humanista de Laín, ya no es la del humanitarismo tradicional al quedar subsumido su sentido religioso-piadoso, en acercamiento cultural —moral y científico— a la persona enferma.

Los médicos tienen con Laín un esquema operativo. Una plantilla a copiar y apren-

der para hacer una medicina de pensamiento y reflexión. Una medicina interpretada de cualquier praxis, que rebasa las pretéritas teorizaciones en vacío.

No se lo puede imitar. Se lo puede seguir, arrastrados por sus fuertes convicciones: ver la dimensión de los hechos, intentar conocer su alcance, revelar las «señales» que la enfermedad hace al enfermo y a los que se creen sanos. Profundizar comprendiendo.

Amante de la sabiduría

Sí, amante de la sabiduría, mas no sólo esto. El poliedro revela que son muchos los amores, las tendencias, incluso los impulsos de Pedro Laín.

El saber es para él una afición antigua del inquieto niño turolense y del muchacho aplicado. Afición hasta el grado de progresiva necesidad, de ansia descontentadiza («Hasta que no se entera de algo no para, ¿qué es esto?, ¿de dónde viene esto?, ¿quién y cuándo lo dijo?...»). Hay que ponerla muy atrás en los inicios de su biografía, cuando frente a tantos niños desinteresados que estudian porque es obligación ineludible, otros, como Pedro, no paran de preguntar, de «dar la lata».

Los inquisidores ven lo que no ven los demás y algunos aprenden a leer por sí mismos, sin maestro ni aula, fijándose en los letreros y desde un continuo «¿qué pone aquí?», inician el descubrimiento del Universo (y del asociacionismo).

El ansia de conocer diríase (mal), que innata, pues lo parece, por su precocidad espontánea y su insistencia. Y en seguida, en cuanto surge «el libro» en el mundo de un chico inteligente (la enciclopedia, el bien llamado tesoro de la juventud, los relatos, el de cuentos, los de aventuras y descubrimientos, la historia «sagrada», las epopeyas), encarrila la curiosidad al formalizarse en los conocimientos particulares. Y el programa escolar queda desbordado cuando el alumno se da a leer por su cuenta, al entrar en el juego que durará tanto como su cabeza de «un libro lleva a otro», a muchos, a bibliotecas enteras (tipo Borges, Laín).

Las sabidurías son infinitas y el hombre no —por suerte—. Y el peligro de la dispersión, primero, hay que verlo; después, remediarlo mediante el truco de «los cauces y los límites» a fuerza de orientación, de sistema, de los objetivos, del esquema de los saberes parciales y del plan vital (el proyecto orteguiano) del adolescente.

La explosión se domina gracias al muro que pone la carrera con sus materias generales y especiales; la limitación propia de una profesión sustentativa y vinculativa. Con y a pesar de la cátedra universitaria, el «medio» de vida, Laín Entralgo logró seguir alimentando a un cerebro de insaciable y expansiva demanda.

La cátedra es para enseñar y aprender, y el que más aprende es el catedrático. Al preparar sus clases —en cuanto «teoría practicable»—, y al «darlas», el profesor recibe, pues «realiza» unos conceptos hasta ese momento «entes potenciales». Los saca de sí, los desarrolla, los regala, los hace vivir para recogerlos ya contrastados por el efecto producido y meterlos en la cartera.

Siempre vuelven a casa diferentes, y casi siempre mejorados. La «puesta en alumno», de los crudos ladrillos doctrinales, es una cocción que permite separar a los valiosos de los inservibles.

La evolución de Laín Entralgo es una resultante de su gran experiencia: del trabajo de catedrático, de las bordadas realizadas para seguir avante. De su sensibilidad a preguntas —la respuesta— de los estudiantes (los «oficiales», y los de «por libre») en distintas épocas, en diferentes medicinas. De su participación en la historia de su tiempo en tiempos de alter-acción.

La sabiduría lo ha llevado además, al esfuerzo de hacerse un estilo, una cultura de saberes y de datos, pero «una» no todas, no cualquiera. La que expresa su radical y determinada explicación de la realidad. De la conciencia en consciencia, «gnosis» y «phronein».

El arduo viaje iniciado en la Grecia micénica, desde España, con Europa, para España y en el Mundo, del amante de tantas sapiencias ha tenido una arribada compleja: Laín ha llegado a varios puertos a la vez y debe afrontar la ubicuidad.

La sabiduría tendrá que servir para organizar-se y para medir-se, para ser «uno y trino» terrenal. Su cualidad de poliedro en esfera, se lo permite y mantendrá la unidad soportando los diversos apelativos: helenista, cristiano, liberal, teórico, estimulador, antiguo, moderno, rebelde, conservador, incómodo, fácil, hermético, difícil, claro y oscuro.

Pues sí, los aguanta. Porque goza del sentido del humor, porque viene de un pequeño pueblo, porque tiene el milagro de Milagro, porque la cultura y los saberes no lo han destruído como persona. El humanista es un ser humano, es «gente». Verdaderamente, Pedro Laín es un hombre.

Su antropología médica

Para los médicos, es más un filósofo que un historiador de la medicina. Un pensador: que invita a pensar, desde su ejemplo y magisterio; que ha elaborado una medicina reflexiva, capaz de darse cuenta de sí misma; que ha recetado una medicina «con enfermo, médico y enfermedad»; que ha analizado los sustantivos, verbos, adverbios y conjunciones de los fenómenos patológicos esenciales; que ha antepuesto, postpuesto e impuesto precisamente el pensamiento en cualquier acto de la Medicina. Desde Zubiri y otros, desde el médico que lleva dentro.

El gran cardiólogo y ensayista de la medicina Francisco Vega Díaz, es quien ha visto mejor —por ser él mismo humanista recalcitrante—, la conjunción Laín-Zubiri. Dice: «Laín ha iniciado y desarrollado una filosofía muy completa sobre el quehacer médico, a través de estas premisas: 1) Esquematizar una teoría del cuerpo, en sus funciones organizadoras, configuradoras y estrictamente somáticas; 2) Establecer una disyuntiva de los modos cardinales en que la realidad exterior de la circunstancia médica se ofrece a la mente humana: la cosa "realidad" y la cosa "sentido". Así ha entronizado a efectos médicos las ideas de Zubiri» *(Jano,* VI-1981).

Zubiri en metafísico y Laín en filósofo médico han armado una construcción teórica de los más altos vuelos avanzando paralelamente en el análisis de la enfermedad humana, superadora del dualismo «subjetividad-objetividad» al describir el hecho morboso como una doble «subjetualidad». La «substante» y la «supraestante».

No hablan ya de «alma y cuerpo» ni de «psico-somático» sino de sistema psicoorgánico y de sus «subsistemas». Todo lo psíquico es biológico, y al revés. Hemos llegado. La inteligencia sentiente y el sentir intelectivo zubirianos llevan a Laín a comprender el proceso humano de encontrarse enfermable, de estar enfermo; a través del aprendizaje del dolor, de la experiencia del sufrimiento. Y Laín va siguiendo las vivencias de vulnerabilidad, de indefensión y desesperanzas de la persona enferma, convertidas en su *Antropología médica.*

El libro aparece en 1984 y se recibe como una antropología total: del enfermo y de la enfermedad; de la medicina; de toda clínica; de los procesos de equilibrio —salud—, y desequilibrio —enfermedad—; de la ansiedad y la angustia generadas; de la diada enfermo-médico; de la triada niño-madre-médico; de las familias y otros espectadores-actores del drama; de los destinatarios de la enfermedad, para los que «se arma»; de los menoscabos del proceso en la persona; de la gravedad sabida, presentida y eludida; de la verdad y las mentiras —las piadosas y las otras—; de los modelos de agonía y de las actitudes en la muerte humana —propias y ajenas—; de los compromisos y la responsabilidad del médico.

Entra, en la muy importante Historia de la Ciencia Médica Española, en el siglo XX. Con la *Histología* de Cajal y Tello, la *Patología General* de Novoa Santos, el *Diccionario de Ciencias Médicas* de Cardenal, la *Patología* de P. Pons, el *Diagnóstico Etiológico* de Marañón, la *Patología Psicosomática* de Rof Carballo, los *Estudios sobre Circulación Renal* de Trueta. La *Neuropsiquiatría Infantil* de Ajuriaguerra, la *Psicología del Niño y del Adolescente* de Moragas, las *Neurologías, Oftalmologías* y *Urologías* de los eximios catalanes, bien conocidas, y su propia *Historia Universal de la Medicina* —la segunda— en siete volúmenes— (Gracias, Albarracín), y tres tratados más, de categoría mundial. Las cumbres de nuestra mejor Medicina.

La obra ajustada y esencializada con pocas citas y un lenguaje estricto representa el pleno saber médico, la cultura y el humanismo de Pedro Laín Entralgo en su plenitud intelectual, quien nos la da, presentado como «vade-mecum» y mensaje para los clínicos *(The Physician's Desk Book).*

Es mucho más que eso. La *Antropología* de Laín interesa a todo el que trabaja con el fenómeno humano: al higienista, al sanitario, al auxólogo, sociólogo y psicólogo; al que prepara actores, astronautas y deportistas; al político, al abogado penalista y al jefe de personal; al instructor de militares y seminaristas; a los profesores y pedagogos. A cualquier tutor, conductor, monitor o manipulador de personas que sin darse cuenta actúa de antropólogo. Laín le hará «darse cuenta».

La medicina pensada y expresada así por Laín rebasa ampliamente la antigua consideración de «Ciencia, Arte y Caridad» al convertirse en un exigente proceso cognoscitivo por sus alcances y densidad temática. Dice él: «Desde 1941 una actividad intelectual siempre viva en mí, la cavilación sobre distintos hechos de la antropología médica; ¿acaso no es el enfermo un hombre con cuerpo que le impide esperar con normalidad, acaso el médico no es en consecuencia un dispensador de normalidad, un dispensador de esperanza? *(Antropología de la esperanza,* p. 7), y se mete en situación lanzándose a la disciplina del saber filosófico, el único que permite el tratamiento profundo de la realidad humana».

Su planteamiento metódico y ordenado comienza obviamente por el principio: el origen natural del homínido desde cualquier preposición prehomínida, enfocando la naturaleza animal del hombre desde el neoevolucionismo y la neurobiología comparada.

Laín ve que la cualidad de ser histórico —moderno—, es muy posterior a la de ser natural, que una sucede desde la otra en el salto cualitativo del devenir. El *homo faber* busca, escudriña, manipula, imita y repite hasta llegar a hacer cosas y deshacerlas. El homínido natural, altera la naturaleza, la cambia: trasladando una piedra en el paleolítico, curando un hipotiroidismo en la actualidad; plantando cepas, haciendo vino y autodestruyéndose por alcoholismo.

Laín se da cuenta de que el hombre ha llegado desde dentro, a ser a la vez vivo e histórico. «El hombre, según demuestran la paleontología y la arqueología comenzó a ser hombre cuando intentó crear belleza al inventar artefactos perfectibles y a transmitir sus habilidades —enseñar— a otros hombres» *(Ciencia, técnica y humanismo,* p. 39).

Prosigue considerando al hombre «animal de realidades». Un animal capaz de ser biológico y de vivir su vida. De hacer su vida y de hacer la historia con sus experiencias vitales. Animal constante al par que cambiante, con posibilidades de aprendizaje, adaptación y evolución —dejando y adquiriendo—. A la vez indigente y poderoso, con ganas simultáneas de avanzar y de retroceder, que ha conseguido sobreponerse a sus miedo telúricos, bien reales.

El día que con amuletos y gesticulaciones respondió a los pavores de la enfermedad y de la muerte, nació el médico. Y la Medicina. Digamos, hace cien mil años.

Refiere Laín que ha realizado su *Antropología médica* por dos motivos confluentes. Uno surgió al observar la tendencia de los patólogos —los especialistas— a tratar al enfermo como objeto viendo sólo la parcela de su interés. (Los internistas, generalistas y los extinguidos médicos de cabecera le han parecido más abarcadores del individuo enfermo.)

El otro, es de índole histórica, procede de su propia formación y de sus íntimas apetencias. De la actividad académica tan prolongadamente mantenida, de su inmersión —profesional y vocacional— en el pensamiento médico de los distintos autores, escuelas y épocas, sosteniendo que las ideas sobre la salud y la enfermedad, la vida y la muerte aunque pretéritas y alejadas pueden ser valiosas. La ciencia del presente, es una resultante de los conocimientos que la han precedido.

Hay una tercera causa: la antropología es un producto de su ser, pensante y pensativo. Unos hombres actúan, otros piensan; los prácticos y los teóricos. También se dan los teórico-prácticos y los intermitentes —los de «tiempo de sembrar y de recoger»—. Nuestro hombre es pensador a tiempo completo: piensa cuando piensa y piensa cuando hace. La acción de Laín es pensar.

Pedro piensa. Piensa que piensa. Piensa en lo que se piensa y en lo que no se piensa, en lo bien pensado y en lo mal pensado. Piensa en el pensamiento. Piensa en la carencia de pensamiento —y en sus consecuencias—. Piensa lo que sienten los que piensan y en lo que piensan los sentientes. Y así piensa que te pensarás, su vida, su obra de pensador resultó una filosofía del homo sapiens —sapiens— del homo «pensativus».

No una antropología filosófica a lo Cassirer o a lo Grothuysen. Una filosofía del hombre enfermo y del sano (si no es sano, no será enfermo).

Y su libro *Antropología médica,* para clínicos (de la especie reflexiva y racionalistoide), el marbete de un implacable y exhaustivo análisis del hombre y la persona, al pormenor; en tono mayor.

Es el alfa de cualquier aproximación a la condición humana, y el omega de la antropología, sin adjetivo. Y aunque el propio Laín lo estime «testamentario» es tan vigoroso su contenido que se impone como iniciático y liminar.

Sus notas son muchas y el registro extenso. Contenedores de una normativa con su ideario correspondiente, surgen de la comprensión de los acontecimientos patológicos de índole personal. Vienen de conceptos muy amasados, de actitudes bien examinadas y del condigno sistema cualificador. La «puesta en enfermo», es la «puesta en Laín»: la necesidad de aprehender los hechos desde el fondo de sus orígenes.

Laín acepta, «en principio» el sistema trifásico de la clínica hipocrática en su sentido más abarcador, con una primera etapa de examen general del ambiente, del enfermo y de los síntomas que él «trae» —un dolor, una alteración orgánica, una disforia—. El segundo momento se dedica al interrogatorio sistemático y a la minuciosa exploración que descubre «los síntomas del médico», o sea, al rastreo de señales empíricas determinadas —de una entidad nosológica concreta— y siempre en la disposición más amable y receptiva. La tercera operación es mental: el médico desde sus conocimientos y experiencia deberá discurrir para armar un diagnóstico con su pronóstico, de los que dependerá el tratamiento; los consejos pertinentes. En orden, paso a paso, razonando todo, para percatarse adecuadamente del proceso morboso, de quien lo padece y de la circunstancia; con interés verdadero, delicadeza, discreción y el mayor respeto.

Esta medicina técnica, culta y humana, que explica la perdurabilidad del famoso juramento hipocrático es para Laín la medicina de Occidente. Con sus agregados conceptuales y operativos, con la Ciencia de hoy.

También fue la del famoso doctor Gol, clínico práctico a la vez que intelectual de alto rango, de entrega absoluta a los enfermos dramatizada en el hecho de su «muerte en consulta» entre un paciente y el siguiente. Un médico que educó a los enfermos para que no lo fueran, o lo fueran bien, desde una excepcional capacidad para entender la enfermedad y su protagonista, según nos cuenta su discípulo J.J. Moll.

Como Laín, Gol insistió en la importancia de «la anamnesis hecha en la correcta interpretación de la cultura y de la ideología del enfermo y su grupo», para que los datos morbosos expresen realmente lo que está pasando —algo más que una enfermedad en un cuerpo—. Tremenda coincidencia del pensador y del pragmático ante una misma realidad, provocadora de similar respuesta «en humanismo».

El que Laín propone es el humanismo hecho con la antropología y un doble esfuerzo: el de meditar como una obligación desentendida del tiempo disponible; el de ver la persona íntegra del enfermo, sea cual sea la especialidad de su abordaje.

Dice Rof, desde una medicina soberbiamente ejecutada y recapacitada, que al médico de hoy urgido y acosado en su trabajo le llega Laín para incitarlo a ordenar la mente, a poner rigor en sus ideas, precisión en sus palabras, a perfeccionarse individualmente; en una clara y potente sacudida, para tener muy en cuenta y agradecer.

Desde la apatía y la rutina del ejercicio profesional, de la masificación casuística y la degradación de los servicios sanitarios el encuentro con Laín Entralgo es el encuentro con la dignidad. La del hombre-enfermo y la del hombre-médico, con un Laín clamante-implorante de la conservación de las dos.

En cuanto a la enfermedad, se considera «accidente modal» del que hay que descubrir su sentido adentrándose en el misterio, pues suele aparecer enigmática, o absurda, cuando no inmerecida, para el enfermo y el médico, que «la trata»; inmersos ambos en la tensión emocional del hecho patológico; —algo se rompe o se destruye, algo se pierde—. El buen médico se da cuenta de la carga afectiva de la situación morbosa y muchas veces con perspicacia evita tocarla.

Un asma, una alergia, una dispepsia pueden ser lo único que tenga en la vida una persona y si el médico la elimina se quedará sin ocupación. ¡Mucho cuidado en curarlo todo!, dicen Rof Carballo y Laín, sabiendo que la aprensión egocéntrica, la constante preocupación entretienen existencias absolutamente vacías.

Todo médico, aunque no sea psicopatólogo deberá interesarse por la personalidad de los enfermos y hacer una «psicoterapia» de palabra y de afecto, modelo Germain que curaba porque sabía escuchar y «era muy cariñoso». (También sabía psiquiatría y psicoterapia). Desde el *Carmides* platónico Laín sostiene que «no se puede sanar el ojo sin sanar la cabeza, ni atender al cuerpo prescindiendo del alma, ni dar medicamentos sin los bellos discursos que los hagan eficaces». Por eso ha entendido tan bien a Charcot, a Janet, a Freud, los que manejaron «la acción favorable por la creencia anticipada» recetando en ocasiones «las medicinas de complacencia», las que el enfermo pide. Los placebos, de la terapéutica por sugestión, ya prescriptos hace tres mil años.

Laín poniéndose en psicólogo —y lo es, en serio—, se percata de que la situación de enfermar, sitúa al hombre ante sí mismo por ser intrínsecamente dramática, uniéndolo o separándolo a otras personas. La enfermedad supone indefensión, desvalimiento, debilidad. Produce dependencias y lleva al infantilismo.

El enfermo busca ayuda en la familia, en los vecinos, los amigos, la enfermera y principalmente en el médico ante el que aparece tierno y quejoso. Y el médico (los otros también, cuando los hay), debe comprender su ansiedad y tratar de calmarla dando esperanzas y atención. Si no es posible la mejoría, algo podrá hacerse en todo caso, según decía Marañón: impartir serenidad, ayudar a tomar decisiones arriesgadas, compartir el dolor desde la propia fuerza. En ocasiones, el médico entrega al enfermo una paz y una salud, que no tiene.

En estas relaciones del médico y el enfermo que Laín ha estudiado intensamente, surge «el encuentro», al producirse la confianza, la mutua sim-patía. Los dos se necesitan mientras dure la enfermedad o la vida. El médico —como J. Gol—, profesor de salud, le enseñará a recobrarla, a no volver a enfermar, y bastantes veces a sobrellevarla indefinidamente —una diabetes, una mutilación intratable—.

El enfermo da también a su médico: enseñanzas a través de su organismo y patología, motivación para actuar, ilusión de ayudar a «alguien», alegría porque su esfuerzo «sirve», gratificaciones personales y morales. Uno a otro, se dan «la vida».

Por ello, rechaza Laín la medicina sin médico, recientemente propugnada, desde el

auge de los sistemas de información, los bancos de datos, los análisis automáticos de síntomas y constantes vitales, los informes ya pre-programados para la distinta combinación de variables. Tampoco cree que «el equipo» por eficaz que sea, pueda sustituir a «una» persona: la responsable, la conocida que se reclama, la que sabe del enfermo y lo aprecia.

De los actos tradicionales de la relación médico-enfermo: el empírico, el mágico-emocional, y el técnico-científico, la persona del médico es capaz de dar los tres. La nueva metodología, solamente parte de uno.

El libro de Laín llega en un momento crítico de la profesión médica, cuestionándose si es o no oportuno desde los conflictos, los cambios sociales de nuestro tiempo —tiempo de Laín—, que alcanzan por todas partes a la Medicina. Y al hombre, su personaje; que lucha y sufre por renovarse y para permanecer.

En el mundo aparecen otras variables, nuevos riesgos y más probabilidades de desequilibrio. Más entradas y salidas en los sistemas orgánicos con aumento del repertorio patológico: enfermedades hasta ahora ignoradas con respuestas biológicas desconocidas que harán cambiar los modelos substanciales de la enfermibilidad humana. Se van la clorosis, la viruela, los enanos jorobados y aparecen el SIDA, las malformaciones por radioactividad o escasez de ozono en la atmósfera, con lo que las puertas del miedo siguen abiertas. Algunas como el hambre y la violencia se mantienen enfrente de la conciencia y la desolación.

Pero el médico reacciona, en médico. Estudia, ensaya, habla y escribe. El médico quiere combatir las toxicomanías, los impulsos agresivos, el hambre y todas las hambres humanas. Se lanza a la bioquímica, a la genética, a los problemas de la higiene, de la nutrición, de la reeducación. Intenta salvar vidas, crear vida, prolongar la existencia en el nonato y en el senecto. Mejorar su calidad, aumentar las defensas humanas.

Laín responde en Laín y en médico, frente a las condiciones de su realidad vivenciada. No es iluso, ni lo fascina «el futuro mejor» de la humanidad y la medicina. Ha entregado una obra que sirve al siglo XX y al XXI, en la que trata de lo permanente, lo viejo y lo nuevo del ser humano. Ante lo seguro y lo incierto, el sol y las nubes, Laín, hoy médico de guardia, nos dice con entereza: pronóstico reservado.

Fernanda Monasterio